

Hugo. Las montañas del sermón

MARIO COBO BARONA

PÁRROCO DE una Iglesia diáfana, sólida y profunda. Gracias a él, sabemos que los ángeles y los demonios están dentro de nosotros; entendemos que, la fe adulta, es plena certeza en plena oscuridad. Y que solo por medio de la fe y de la gracia, sin cuestionamientos ni preguntas ni reclamos; solo de rodillas, entendemos el Gran silencio; el insondable, tremendo, y muchas veces, desconcertante, silencio de Dios.

Hemos pasado la época de la religiosidad como camino al Bien Supremo. Tenemos una Iglesia de amor y no de terror, abierta a la comunión de todas las razas y personas, al protagonismo conjunto del bien común.

De enorme personalidad, el padre "Huguito". Padre de la palabra. Hugo Cisneros de la vida, de quien, mi hermano Diego Sacerdote, -ido tan temprano- decía que era, leal amigo, buen cura, y humanista consumado, va sembrando, va fraternando. En efecto, este es el consenso de la feligresía, dentro y fuera de su parroquia, de cristianos católicos, y de los no muy cristianos ni muy católicos.

El Padre Hugo, metido en plena vida del evangelio, metido en la lozanía de las bienaventuranzas, inmerso en las Montañas del Sermón, en compañía de un tal Jesús de Nazareth, al que parece que no le hemos entendido, peor seguido, a pesar de sus interlocutores infelices: Francisco de Asís, Teresa de Calcuta, Carlo Carretto, Helder Cámara, Leonidas Proaño, misioneros de sandalia y sayal, manos oblativas, y acciones diarias en la escena del dolor;

como predicaba Santiago Apóstol: "muéstrame tus obras y te mostraré tu fe".

Misa de seis en la Catedral, dedicada especialmente a los jóvenes. El Padre Hugo, inteligente y lleno de carismas, bondadoso y enérgico al mismo tiempo, lleno de los dones del espíritu, afable y regordete, sube al atril. Comienza una de sus múltiples homilias, publicadas caudalosamente dentro y fuera del país. Viene a decir, cosas repetidas hacen dos mil años, pero que han estado distorsionadas en viejos catecismos, de hombres, egoístas y egocéntricos, y en unas religiosidades de hombres, llenas de ritos y de miedos. Viene a decirnos unas cosas un tanto extrañas: "hacer la nueva Iglesia", "emprender con urgencia una nueva evangelización", y también, "dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino": la primera felicidad, zurcida con todas las pequeñas y múltiples infelicidades. La gente, siente un agua viva, subiendo por los vericuetos de espíritu; los jóvenes, suben desde sus pequeños pozos, un agua cristalina: el agua limpia de su mirada y sus sueños; algunos viejos, sienten adentro, un agua mansa y espesa de esperanza. Al salir, se mira otra ciudad.

Con un Jesucristo vivo, el sermón sube a las montañas, "Hay que amarse

los unos a los otros, so pena de perder el tren de la eternidad". "Dios es amor, en el arte y la ciencia, en el triunfo y la derrota". Ahora vamos entendiendo, que estas verdades no se contraponen con las fascinantes y violentas transformaciones de este siglo de la amiga luna y la cibernética. Ahora vamos entendiendo que el vivir y el devenir, son caminos que tendremos que compartir con el silencio y el amor. Son las montañas del sermón, crecidas en el alma, eviternas.

Este transparente Padre Hugo, este Hugo con "sus miserables", restañados a punta palabras, sonrisas y consejos, se da tiempo para poner el mundo a vitalidad presente: "El anuncio del evangelio no es exclusivo del sacerdote; es derecho y deber de todo bautizado". En su despacho parroquial, escribe artículos para el periódico, atiende mil y un asuntos heterogéneos, inherentes a su cuidado y solicitud de "buen cura", reza, confiesa muchas doloras y pecados, medita,

hace planes, convoca, consuela a todo el mundo afligido y aturrido. Se pone la Iglesia como mochila, y sale a la calle, donde repi-

te la siempre vieja y nueva historia de hacen dos mil años; se mete en los laberintos de la amistad, en las muchas historias de las lágrimas, en las barcas de los angustiados y fatigados, en las galileas del suburbio, en los martirologios del prójimo, tan de luto a veces, tan de fuera de la razón, tan terribles.

Este Hugo, que quisiera meternos a todos, en el olivar de la solidaridad. Sus grupos de jóvenes salen con él, temura en mano, a redescubrir las montañas de las bienaventuranzas. Cumple con ellos, primero, los deberes humanos, y luego, reclama para los demás, sus derechos, deshinchados y conculcados. Cumple con ellos, el mandamiento total, a pesar de las falacias y los apócrifos, que nunca faltan en las cuestas del deber.

"Dichosos vosotros, cuando os calumnien o persigan por culpa mía, porque, lo mismo pasó con los profetas precedentes". Y pasa ahora mismo, con los humanistas: clérigos del amor, misioneros de la paz, viviendo la oración en los talleres del quebranto, en los telares de la selva urbana. Este padre Hugo, a quien todo el mundo busca en los quebraderos de la conciencia, en las escarpadas rutas del vivir, siempre puntual a sus montañas de agua viva, regando la existencia, atravesando precipicios y palabras, haciéndonos entrar, en punto, a las altas catedrales del sermón.

